



Antonio Skármeta, escritor, dramaturgo y cineasta

La ardiente impaciencia

EDUARDO OLIVARES

En una entrevista concedida en uno de sus primeros viajes a Chile después de unos cuantos años de exilio, Antonio Skármeta declaró que una de las cosas que más había echado de menos eran los ojos de la gente, la manera como miraban los chilenos. Como que algún gusto le producía la mirada del "homo chileno" que tal vez no había logrado encontrar en el "homo argentino".

No es nada de raro que uno de las miradas y los ojos sean para Skármeta un dato importante. Porque si usted no ha tenido aún el privilegio de encontrarse con él frente a frente y no ha vivido aún la experiencia de los ojos de Skármeta, le faltan cosas importantes por vivir. Porque la soberanía bárbica de este desenfrente de rugosidad, sale antes que nada por los ojos, que brillan con malicia, como invitando a hacer alguna mirada de la que está esperando de antemano.

Claro que uno del barrio, uno le advierte más que lo va. Porque apenas comienza a sonreír sus ojos se transforman en un par de lucas rectas detrás de las cuales no se ve nunca más nada. Afortunadamente queda en nuestro horizonte a la imagen del sol en los cuernos para sí: una cosa redonda y sencilla.

LOS SEATLES Y LA PRESIA SOTO

Una de las experiencias que seguramente le gustaría tener a este escritor, dramaturgo, guionista y cineasta, sería que a su llegada a algún lugar se escuchara *Hervanar ebe nan*. No sólo por lo de sonreír y reírse, sino, sobre todo, porque todo aquello que tenga que ver con *Seatles* traerá a este hijo de la generación que cantaba aquello de que "era un muchacho que como yo quería ser Beale o Rolling Stone". A falta de haber sido lo uno o lo otro, Skármeta se transformó en un escritor "pop". No, no empiece a imaginárselo de golpe. Estamos hablando de "pop" como sinónimo de cultura popular, cultura de todos, literatura para el "vulgo". "El humor y la vulgaridad



tienen que ser zarzuela que desgarras la piel acostumbrada para abrir otra dimensión del ser humano", declaró alguna vez hablando del idioma "chileno". Pero que nadie se equivoque. Su recorte de lo vulgar tiene que ver con periferia y asfalto, aquello que el pueblo ama. Porque prefiere la verdad simple de lo "vulgar" a la mentira de lo ostentadamente "fino" donde la vulgaridad real

sale por todos los poros. Fascinado por lo popular resulta, entre otras razones, inhabitable en materia de éxitos de la nueva ola. Y con toda seguridad ha conagrado tanta energía a conocer los modelos de la obra de Edgar Allan Poe como a conseguir una cuenta de la Fomía Soto, de Danny Chilean o de los Carr Twiss. Porque entre lo cotidiano y lo "sublime" según

Skármeta, no existe frontera. Apenas si una distancia inventada por convenciones sociales. Por eso, los personajes de sus libros están siempre en esa dimensión en la que no sólo entran los poetas profesionales, sino todos los locos y la poesía que habita —por a las apariencias— en el más modesto de ellos. En esos que Skármeta llama "la gente que está aquí". Su "cicluta del San

Cristóbal" y su cartón de *Ardiente Paciencia* son de ese tipo de seres. Hemos —a menudo pese a ellos mismos— de vidas simples que sin embargo están habitadas por los más shakespearianos dilemas. Todas estas historias nos llegan gracias a novelas que, como pocas, dan la impresión de estar contadas frente a una enorme pantalla de Cinerama viendo una película de acción. Con un ritmo que

llevó alguna vez al escritor argentino Julio Cortázar a decir que —como él— Skármeta era un músico de la literatura.

Nadie se extrañó por lo tanto que un día Skármeta se convirtiera en cineasta y que no se contentara con seguir haciendo guiones para radio, cine y televisión. Así nació, entre otras aventuras, *Ardiente Paciencia*, una de sus novelas transformada por él mismo en película. Allí Skármeta cumplió la promesa que se dio a tener la genialidad de proponer una película en que situaciones y acciones podían, por una vez, salirse de la boca la bendita frase: me gustó más el libro...

Desafortunadamente para él, los chilenos habían decidido recordarle aquello de que nadie es profeta en su tierra. Y cuando después de años de exilio le culpa a la dictadura y a la oscuridad de inspecciones, resulta que los chilenos prefieren ver *Amor y odio* o *El Muñeco*, a Skármeta le dan ganas de arrancarse los pelos por lo que le ha ido dejando las preocupaciones de la vida y en particular los caballos que llegan plañ. Pero a él le ha decidido volver a Chile. Porque aunque Alemania le ha dado y le sigue dando oportunidades que jamás tendrá acá, afirma que hay una gran diferencia entre funcionar y vivir. Algo así como la diferencia entre ser y estar.

Así es que hay cada vez más posibilidades de chocar con él en algún punto del centro de Santiago, donde jamás cesará de desahogar con fascinación algo que todavía dura o algo que ya no está.

Porque para agravar su caso, este cincuentón es un romántico cuya simplicidad no permite olvidar con facilidad que se trata de un escritor cuyas obras han sido traducidas a más de 20 idiomas, que ha dirigido cinco películas, que ha escrito cuentos de obras dramáticas, comedias musicales, radioteatros, canciones y poemas. Lo contrario de un plantanoso.

La ardiente impaciencia [artículo] Eduardo Olivares.

Libros y documentos

AUTORÍA

Olivares, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La ardiente impaciencia [artículo] Eduardo Olivares. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile